

con que el sol doró el hermoso valle, se descubrió la magnificencia de aquel país sembrado de hermosas ciudades á la orilla de las aguas y entre ellas millares de canoas y las encantadoras islas de flores que fluctuaban sobre la reluciente superficie del lago, las que según el testimonio de Bernal Díaz parecían á su admirada imaginación los encantos referidos en la historia de Amadis de Gaula. Tomó el ejército el camino que conduce de Ixtapalapan para México, y á distancia de media legua encontraron el fuerte de Xoloc, donde los encontró una comitiva numerosísima de nobles aztecas, vestidos de gala con su maxtlatl de finísimo algodón, sus tilmatl de ricos tejidos de plumas y la multitud de joyas con que contentaban la vanidad de su orgullo, los cuales anunciaban la venida del rey y debían conducir el ejército á la capital. Cada uno de los nobles fué haciendo la salutación acostumbrada en el país, tocando el suelo con la mano que despues se besaba con gran reverencia, ceremonia que detuvo por mas de una hora la marcha de los españoles. Ordenado el ejército como si fuese á dar una batalla, marchó á la capital por aquella estensa calzada, cortada en varias partes con puentes levadizos de madera, lo cual daba á conocer á los extranjeros las pruebas de la civilización, y no menos servía para aumentar las inquietudes de los mas tímidos; pues conocían cuan fácil era á Moctehuzuma poderlos aprisionar entre las aguas del lago, en que se levantaba magestuosa la metrópoli del mundo occidental. Cerca ya de la ciudad, Cortés tuvo aviso que se aproximaba el monarca mexicano; y efectivamente luego se dejó ver una comitiva á la que venían abriendo lugar entre la multitud, tres nobles que elevaban unas varas de oro, insignia con que se daba á conocer al pueblo la presencia del soberano. Moctehuzuma que entonces tendría cerca de cuarenta años, era

alto y delgado, pero de una complexion fuerte y bien formada: su cabello negro y suave estaba recogido con cinta sobre la coronilla de la cabeza, tenia poca barba y la palidez de su color aumentada por los graves cuidados que habian agitado su espíritu, le daban con su melancólica mirada, un aspecto grave; pero su porte era digno de un monarca y la benévola espresion de su semblante se traslucia al través del abatimiento en que su alma habia caído por el temor de sus grandes desgracias. Caminaba en una litera conducida por los nobles, y bajo un hermoso dosel de plumas verdes guarnecido de alhajas de oro y piedras preciosas, sostenido por otros cuatro nobles. Sobre los hombros y atado al cuello llevaba un manto ricamente adornado con preciosas joyas: en la cabeza una corona de oro con un penacho de las mismas plumas que caian sobre su espalda, distintivo del rango militar, y su calzado eran unas láminas de oro atadas al tobillo con correas ricamente guarnecidas: delante de la litera caminaban los nobles con un paso lento y mesurado, descalzos en señal de acatamiento á la magestad real: y cuando estuvo á una distancia proporcionada de Cortés, este bajó de su caballo y el rey de su litera, apoyándose en los brazos de Cacamatzin rey de Tezeoco y Cuitlahua su hermano señor de Ixtapalapan: los nobles iban estendiendo ricas esteras para que los piés de su señor no se ofendieran con las asperezas del suelo, y toda la multitud bajaba los ojos durante el paso del rey. ¡Cuán diversas emociones causaria esta entrevista en aquellos dos personajes, cuyos nombres se iban á escribir juntos en la historia, para sellar la ruina de la famosa monarquía azteca! Cortés despues de muchos riesgos, se veía en presencia del señor de aquel dilatado y rico imperio: por la pompa con que se presentaba el soberano, podia medir la grandeza de su poder: tendria como un sueño, avasallar aquel pueblo gigantezco con

el puñado de aventureros que lo acompañaban; pero la fuerza de su voluntad, se hacia superior á todos los obstáculos. Moctezhuma, en aquel hombre de una raza para él desconocida, veía la imágen del que estaba anunciado por los oráculos, para arrazar de un soplo su efímera potestad. Ambos por entonces guardaron en su corazon las emociones de aquella primera entrevista, y cordialmente se saludaron, con espresiones de reconocimiento y un profundo respeto. Cortés puso al cuello del rey una cadena con cuentas de cristal y quiso darle un abrazo, pero Cacama y Cuitlahua asombrados de semejante profanacion lo contuvieron. El rey volvió á ocupar su litera y dejó á su hermano encargado de cumplimentar á los extranjeros, conduciéndolos al lugar que para su alojamiento se habia fijado en la ciudad.

Los españoles continuaron su marchay entraron llenos de admiracion á la reina del Anahuac, donde contemplaban su estension, la magnífica arquitectura de sus palacios de tetzontli, sus elevados teocalis, las estensas plazas de sus mercados y la hermosura de sus jardines, á la vez que los sencillos naturales de la gran Tenoxtitlan, agolpados en las calles y en las azoteas de las casas, veían con asombro el pequeño ejército de hombres blancos atravesar sus largas y bien cortadas calles, marchando con bandera desplegada y tambor batiente, como una columna de aguerridos veteranos. Al fin se detuvieron en una gran plaza frente á la puerta oriental del templo mayor; y en el palacio que habia sido del rey Axayacatl y donde probablemente vió la luz de este mundo el infortunado Moctezhuma su hijo, fueron hospedados los extranjeros que venian á destruir su imperio. El rey estaba á la puerta del palacio; y tomando un vaso de flores que llevaba un oficial de palacio, lo presentó á Cortés, á la vez que le puso al cuello una primorosa cadena de oro, donde estaban figurados algunos animales:

lo tomó de la mano y lo introdujo á una gran sala, sentándolo en un reclinatorio cubierto con delicados tapices de algodón; y despidiéndose luego con cortesía lo dejó para que tomara descanso, ofreciéndole volver luego. Aquel palacio era tan espacioso, que se pudieron alojar los españoles y los seis mil tlaxcaltecas sus aliados. Los muros eran gruesos y tenian algunas torres repartidas en varias distancias, lo cual hacia que fuera una fortaleza: las piezas con un aseo esmerado, tenian todas, camas de esteras de junco, con abrigos de algodón, bancos de madera hechos de una pieza, colgaduras de algodón en las paredes; y las salas principales, tenian el piso esteraado. Cortés luego recorrió todo aquel vasto edificio, colocó sus centinelas y la artillería para guardar las avenidas, y despues de prohibir bajo pena de muerte que sus soldados salieran del cuartel sin su licencia, vinieron á sentarse á un espléndido banquete que los nobles aztecas sirvieron á los capitanes españoles. En la tarde mandó hacer Cortés una salva con su artillería: el estallido del cañon que hacia estremecer aquellos edificios y el olor de la pólvora, que como una densa columna de humo subia sobre los muros del palacio de Axayacatl, llenó de espanto á los mexicanos y temblaron al considerar que aquellos hombres que abrigaban en su seno conforme á las leyes de la hospitalidad; derramarían entre su pueblo la desolacion y la muerte, con sus terribles máquinas que vomitaban fuego.

Despues se presentó Moctezhuma en el cuartel español, acompañado de su nobleza: el general lo recibió en el salon principal y ambos se sentaron en diversos reclinatorios; entablando una conversacion por medio de Doña Marina, á la vez que los nobles mexicanos y capitanes españoles permanecian en pié. Cortés dió al rey una noticia de quien era su soberano, de la forma de su gobierno, de las costumbres de su país y de los motivos

de su venida, que era para entablar relaciones amistosas con el gran soberano del imperio mexicano y de hacer conocer la grandeza y ventajas de la religion cristiana. Moctehuzuma hizo diversas preguntas á Cortés para informarse de la civilizacion de su país, de los nombres de todos sus compañeros, de la graduacion de cada uno y otras cosas que le pareció conveniente para tener idea exacta de sus huéspedes. Despues sus ministros distribuyeron un regalo de algunas alhajas de oro y ropas de algodón entre todos los españoles, y la comitiva real se retiró con las mismas ceremonias de reciproca consideracion.

Al dia siguiente obtuvo Cortés el permiso de pagar al rey la visita en su palacio, el cual nos describen los autores fundados principalmente en la autoridad del célebre Fr. Toribio Benavente ó Motolina, del modo con que ya antes lo hemos indicado. Cortés se acompañó de los capitanes Alvarado, Velazquez de Leon, Ordaz y Sandoval vestidos con la mayor gala que pudieron; y seguidos de cinco soldados españoles, se encaminó al palacio real por entre una numerosa multitud. Al llegar á la puerta, se ordenaron en dos filas: pasaron tres patios con sus hermosas fuentes, algunas salas; y cuando llegaron á la puerta del salon de la audiencia, los nobles que los recibieron, los obligaron á descalzarse y cubrir sus vestidos con un manto de *nequen* tela tosca con que era necesario presentarse á la presencia del soberano.

Entraron al espacioso salon en cuyo extremo estaba sentado el rey en medio de sus consejeros favoritos y dando la mano al general lo hizo sentar con sus compañeros. Cortés por su intérprete Marina, le expuso con la claridad que le fué posible los misterios principales de la religion cristiana, muchos de los cuales no eran desconocidos para el rey azteca; pero este estuvo resistente en abandonar la multitud de dioses que decia le

eran tan buenos, y en destruir una religion de la que habia sido sacerdote y actualmente gefe supremo por serlo del estado. Hizo algunas esplicaciones sobre su resistencia á recibir ahí á los españoles y procuró echar bases sólidas para una amistad durable entre ellos: les esplicó las predicciones que habia desde tiempo muy antiguo sobre su llegada; y Cortés afirma en su segunda relacion, que dijo estar en la creencia que el monarca español era dueño de todo aquel vasto imperio. El hecho puede ser cierto; pero no debe dársele la absoluta inteligencia que los autores españoles adoptaron de estas palabras, sino como una muestra de deferencia que usaba para con un soberano con quien se empezaba á entrar en relaciones, pues por mucha fuerza que hicieran en su ánimo las predicciones de la llegada de gentes estrañas, nunca hubiera consentido en despojarse de su poder voluntariamente, ni el pueblo lo habria consentido. Los autores españoles, fundados en estas predicciones han querido justificar la conquista; sin considerad que la verdad de la prediccion no daba el derecho de la invasion, ni la profecia podia entenderse de un señorío temporal, sino espiritual por el poder de la verdad en la religion.

El P. Acosta con bastante juicio y prudencia, se expresa así de esta primera conferencia. «Muchos son de opinion que atendido el estado de cosas en aquel primer dia, hubiera sido fácil á los españoles hacer lo que hubieran querido del rey y del reino, y comunicarles la ley de Jesucristo con gran paz y contento de todos; pero los juicios de Dios son profundos.» Efectivamente, aprovechando la buena voluntad con que fueron recibidos, la natural liberalidad de los reyes aztecas y la buena índole del pueblo, se habrian entablado relaciones, que á la España le habrian dado grandes ventajas por los tesoros que abrigaba el imperio mexicano y la consideracion con que

en él se recibían los súbditos del monarca castellano: el pueblo azteca, por medio de los ministros del Evangelio que están dotados de una prudencia rara y de una heroica abnegación, habrían cambiado el aspecto religioso del reino, sin menoscabo de los intereses materiales; y México le sería deudor á España del mas grande de los beneficios. Pero en vista de lo que pasó, solo podemos repetir con el P. Acosta, que los juicios del Señor son profundos é inescrutables.

CAPITULO XVII.

Prision del rey Mocteuhezuma, y otros personajes en México.

Al dia siguiente que Cortés visitó al rey en su palacio, salió acompañado de sus capitanes y algunos soldados á visitar los lugares mas notables de la antigua Tonoxtitlan donde hallaron los españoles tantos objetos de admiración: pero particularmente les llamó la atención, el famoso mercado que se hacía en la gran plaza de Tlaltelolco, donde se encontraban tantas pruebas de habilidad mecánica, de industria doméstica y reunidos en un solo foco todos los rasgos de civilización que estaban esparcidos en el país. (1) De este lugar en que estaba perfectamente combinado, el bullicio del activo comercio con el buen orden de la policía, pasaron al gran teocalli ó templo mayor, previo el permiso del rey.

Los sacerdotes recibieron á los españoles y se preparaban á subir á Cortés en sus espaldas, como acostum-

1 Prescott hist. de la conq. libro 4.º cap. 2.º Bernal Diaz cap. 92.

braban hacerlo con su soberano; pero él resistió y subió por su pié. Mocteuhezuma se habia anticipado á ir á aquel lugar y se adelantó á recibirlo acompañado del gran sacerdote: y recibéndole con su acostumbrada complacencia, le dijo: «Malinche, estais fatigado de subir á nuestro gran templo?» Y Cortés que no despreciaba ocasion de hacer resaltar la superioridad de los españoles, le contestó, que los españoles nunca se cansaban. Desde allí le enseñó el rey la estensa ciudad que se presentaba á sus piés como un mapa, con sus calles y canales, cortándose unos á los otros en ángulos rectos y sus azoteas floreciendo cual otros tantos jardines. (2) Aquella vista de las canoas que subían y bajaban por los canales, las calles llenas de gente con sus alegres y pintorescos trages, la posición de la capital bañada por las aguas de los lagos, las floridas y ondulantes selvas, los estensos campos y las cumbres de sus alturas cubiertas de hermosos árboles y una pintoresca línea de vegetación dilatada hasta la falda de las montañas nevadas donde los primeros rayos del sol brillaban con un fuego mas vivo, hizo prorumpir á Cortés en espresiones llenas de admiración por tan hermoso espectáculo. (3)

Entonces el gefe español pidió permiso al monarca de aquellos floridos estados, para ver el interior de los dos santuarios que se elevaban sobre el templo, dedicados á Tezcatlipoca y Huitzilopochtli: el rey lo concedió despues de la consulta con los sacerdotes; y Cortés con sus compañeros, al ver los muros y pavimentos de aquellos lugares, manchados con la sangre de las innumerables víctimas que se sacrificaban en honor de aquellas deidades, salieron lamentando la ceguedad y extravío de aquellos pueblos y el horrendo estrago de los sangrientos sacrificios. Cortés dijo á Mocteuhezuma. «Señor, me

2 Prescott lugar. cit.—3 Bernal Diaz lug. cit.